

EL DESCUBRIMIENTO DE LAS BRUJAS



EL DESCUBRIMIENTO DE LAS BRUJAS



DEBORAH HARKNESS



Título original: *A Discovery of Witches*

© Deborah Harkness, 2011

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción de toda la obra o una parte en cualquier forma.

Edición publicada por acuerdo con Viking, miembro de Penguin Group (USA) Inc.

© De la traducción: Julio Sierra

© De esta edición: 2011, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.sumadeletras.com

Diseño de cubierta: Tal Guretsky y Paso de Zebra

Imagen del lomo y de cubierta: Charlie Waite/Riser/Getty Images

Primera edición: abril de 2011

ISBN: 978-84-8365-219-0

Depósito legal: M-9620-2011

Impreso en España por Unigraf, S. L. (Móstoles, Madrid)

Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal).

Para Lexie y Jake, y sus brillantes futuros

Empieza con la ausencia y el deseo.
Empieza con sangre y miedo.
Empieza con el descubrimiento de las brujas.

Capítulo

1

El volumen encuadernado en cuero no era nada extraordinario. Antiguo y gastado como estaba, a cualquier historiador normal y corriente no le habría parecido diferente de otros cientos de manuscritos en la Biblioteca Bodleiana de Oxford. Pero yo supe que había algo raro en él desde el mismo momento en que lo recibí.

La sala de lectura Duke Humphrey estaba desierta esa tarde de final de septiembre, y los pedidos de material de la biblioteca eran satisfechos rápidamente, ya que la afluencia de eruditos visitantes durante el verano había terminado y la locura del periodo de otoño todavía no había comenzado. De todas formas, me sorprendí cuando Sean me detuvo en el mostrador de préstamos.

—Doctora Bishop, aquí están tus manuscritos —susurró con un ligero tono de niño travieso en la voz. La parte delantera de su jersey de rombos tenía marcas de óxido dejadas por las viejas encuadernaciones de cuero que él sacudió con cuidado. Un mechón de pelo rubio rojizo le cayó sobre la frente mientras lo hacía.

—Gracias —le respondí con una sonrisa. Yo estaba infringiendo descaradamente las reglas que limitaban el número de libros que un lector se podía llevar por día. Sean, que había compartido muchas copas conmigo en el pub de estuco rosado al otro lado de la calle en nuestros días de estudiantes de posgrado, había estado recibiendo mis pedidos sin decir una palabra durante más de una semana—. Y deja de

llamarme doctora Bishop. Siempre me parece que te estás dirigiendo a otra persona.

Esbozó una gran sonrisa y empujó los manuscritos — todos con magníficos ejemplos de ilustraciones alquímicas de las colecciones de la Bodleiana — por encima de su gastada mesa de roble, cada uno metido en una caja de cartón gris para protegerlos.

— Oh, hay uno más.

Sean desapareció por entre los anaqueles durante un momento y volvió con un grueso manuscrito en cuarto, encuadernado simplemente con cuero de becerro moteado. Lo puso encima de la pila y se inclinó para observarlo. Los finos bordes dorados de sus gafas brillaron a la débil luz que daba la vieja lámpara de lectura de bronce, fija en un estante.

— Éste no ha sido solicitado desde hace bastante tiempo. Haré una nota diciendo que hay que ponerlo en una caja cuando lo devuelvas.

— ¿Quieres que te lo recuerde?

— No. Ya lo he apuntado aquí. — Sean se tocó la cabeza con la punta de los dedos.

— Tu cabeza debe de estar mejor organizada que la mía. — Mi sonrisa se hizo más amplia.

Sean me miró tímidamente y cogió la ficha de préstamos, pero ésta no salió de su sitio, metida entre la tapa y las primeras páginas.

— Ésta no quiere soltarse — comentó.

Unas voces amortiguadas llegaron a mis oídos, perturbando el habitual silencio de la sala.

— ¿Has oído eso? — Miré a mi alrededor, desconcertada por los extraños ruidos.

— ¿Qué? — preguntó Sean, levantando la vista del manuscrito.

Había vestigios de dorado en los bordes del volumen que atrajeron mi mirada. Pero aquellos descoloridos restos de oro no podían explicar un tembloroso reflejo, ligero e iridiscente, que parecía estar escapando por entre las páginas. Parpadeé.

— Nada. — Apresuradamente acerqué el manuscrito hacia mí. Sentí una picazón en la piel cuando ésta entró en contacto con el cue-

ro. Sean todavía sujetaba con sus dedos la ficha de préstamos, pero en ese momento se deslizó fácilmente liberándose de la presión de la encuadernación. Puse los volúmenes en mis brazos y los sostuve con la barbilla, envuelta por un olorcillo de lo sobrenatural que ocultaba el conocido olor a virutas de lápiz y a la cera del suelo de la biblioteca.

—¿Diana? ¿Estás bien? —preguntó Sean, frunciendo el ceño con preocupación.

—Estoy bien. Sólo un poco cansada —respondí, bajando los libros para alejarlos de mi nariz.

Crucé rápidamente la parte original del siglo xv de la biblioteca, junto a las filas de mesas de lectura isabelinas con sus tres estanterías en la parte superior y sus gastadas superficies. Entre ellas, las ventanas góticas dirigían la atención del lector hacia arriba, hacia los altos artesonados, donde con pintura brillante y dorada se destacaban los detalles del blasón de la universidad, con tres coronas y un libro abierto donde su lema, «Dios es mi iluminación», era proclamado repetidamente desde arriba.

Otra académica estadounidense, Gillian Chamberlain, era mi única compañera en la biblioteca aquella noche de viernes. Gillian era profesora de Literatura Clásica en Bryn Mawr, y pasaba mucho tiempo examinando detenidamente restos de papiros encerrados entre hojas de cristal. Pasé rápido junto a ella, tratando de evitar mirarla a los ojos, pero el crujido del viejo suelo me delató.

Sentí el hormigueo en la piel que siempre se apoderaba de mí cuando otra bruja me miraba.

—¿Diana? —llamó desde la oscuridad. Acallé un suspiro y me detuve.

—Hola, Gillian. —Inexplicablemente posesiva con respecto a mi tesoro de manuscritos, me mantuve tan lejos de la bruja como me fue posible y puse mi cuerpo en un ángulo que los ocultaba de su vista.

—¿Qué vas a hacer para la fiesta de Mabon? —Gillian pasaba siempre por mi despacho para invitarme a pasar algún tiempo con mis «hermanas» mientras yo estaba en la ciudad. Al acercarse las ce-

lebraciones wiccanas del equinoccio de otoño, redoblaba sus esfuerzos para que me incorporara al grupo de brujas de Oxford.

—Trabajar —respondí inmediatamente.

—Sabes que hay algunas brujas muy buenas por aquí, ¿verdad? —dijo Gillian con un gesto de desaprobación—. Realmente deberías reunirte con nosotras el lunes.

—Gracias. Lo pensaré —dije, alejándome en dirección al ala Selden, el añadido del siglo XVII que corría perpendicular al eje principal de la sala Duke Humphrey—. Aunque estoy preparando una conferencia, de modo que no me esperéis. —Mi tía Sarah siempre me había advertido que no era posible que una bruja le mintiera a otra, pero eso no me había impedido intentarlo.

Gillian emitió un comprensivo gruñido, pero me siguió con su mirada.

De vuelta a mi asiento habitual frente a los ventanales de vidrieras, resistí la tentación de dejar caer los manuscritos sobre la mesa y limpiarme las manos. Pero en lugar de hacerlo, consciente de su antigüedad, deposité el montón con sumo cuidado.

El manuscrito que había retenido la ficha de préstamo estaba encima de los demás. Impreso en dorado, sobre el lomo había un escudo de armas que pertenecía a Elias Ashmole, un coleccionista de libros y alquimista del siglo XVII cuyos libros y trabajos habían ido a parar a la Biblioteca Bodleiana desde el Museo Ashmolean en el siglo XIX, junto con el número 782. Estiré la mano para tocar el cuero marrón.

Una ligera descarga me hizo retirar rápidamente los dedos, pero no con suficiente rapidez. El hormigueo subió por mis brazos, poniéndome la piel de gallina, para luego extenderse por los hombros, haciendo que los músculos de la espalda y el cuello se me pusieran tensos. Esta impresión desapareció rápidamente, pero me dejó una sensación vacía de deseo no realizado. Conmocionada por mi reacción, me alejé de la mesa de la biblioteca.

Incluso a una distancia segura, aquel manuscrito me estaba desafiando, amenazando las murallas que yo había levantado para separar mi carrera académica de mis derechos heredados como la última de las brujas Bishop. Allí, con mi doctorado ganado con es-

fuerzo, con mi propio puesto y los ascensos en la mano, con mi carrera que empezaba a florecer, había renunciado a la herencia familiar para crearme una vida que dependía de la razón y de mi capacidad como erudita, y no de inexplicables presentimientos y hechizos. Estaba en Oxford para terminar un proyecto de investigación. Cuando lo hubiese finalizado, mis conclusiones serían publicadas, demostradas con amplios análisis y notas a pie de página, y presentadas a colegas humanos, sin dejar espacio para los misterios y sin lugar alguno en mi trabajo para lo que sólo podía ser conocido por medio del sexto sentido de una bruja.

Pero —aunque de manera inconsciente— había pedido un manuscrito alquímico que necesitaba para mi investigación y que también parecía poseer un poder sobrenatural que era imposible ignorar. Me moría por abrirlo y aprender más. Sin embargo, un impulso todavía mayor me retenía. ¿Era mi curiosidad algo intelectual, estaba relacionada con mis estudios? ¿O tenía algo que ver con la relación de mi familia con la brujería?

Respiré hondo el conocido aire de la biblioteca, me llené los pulmones y cerré los ojos, con la esperanza de que eso me ayudara a ver con claridad. La Bodleiana había sido siempre un santuario para mí, un lugar no relacionado con los Bishop. Metí las manos temblorosas debajo de los codos, fijé la mirada en el Ashmole 782 en la penumbra que avanzaba y me pregunté qué hacer.

Si mi madre hubiera estado en mi lugar, habría sabido la respuesta de manera instintiva. La mayoría de los miembros de la familia Bishop eran brujas y brujos con mucho talento, pero mi madre, Rebecca, era especial. Todo el mundo lo decía. Sus habilidades sobrenaturales se habían manifestado muy pronto, y cuando estaba en la escuela primaria podía superar en poderes mágicos a la mayoría de las brujas y brujos más antiguos de la comunidad local con su conocimiento instintivo de los hechizos, su sorprendente visión del futuro y su asombroso don para ver por debajo de la superficie de las personas y los hechos. La hermana menor de mi madre, mi tía Sarah, era una bruja muy hábil también, pero su talento era más convencional: buena mano para las pociones y un

perfecto dominio de la tradición clásica de hechizos y encantamientos de la brujería.

Mis colegas historiadores no sabían nada de la familia, por supuesto, pero todos en Madison, la remota ciudad del estado de Nueva York donde yo había vivido con Sarah desde que tenía siete años, estaban al tanto de la historia de los Bishop. Mis antepasados se habían ido de Massachusetts después de la guerra de la Independencia. Para aquel entonces, había pasado ya más de un siglo desde que Bridget Bishop fuera ejecutada en Salem. De todas maneras, los rumores y los chismes les siguieron hasta su nuevo hogar. Después de mudarse para establecerse en Madison, los Bishop se esforzaron mucho para demostrar lo útil que podía ser tener vecinos brujos para curar enfermos y pronosticar el tiempo. Con el trascurso de los años, la familia echó raíces en la comunidad que resultaron ser lo suficientemente profundas como para resistir los inevitables brotes de superstición y temores humanos.

Pero mi madre sentía una curiosidad por el mundo que la llevó más allá de la seguridad de Madison. Fue primero a Harvard, donde conoció a un joven brujo llamado Stephen Proctor. Él también provenía de un antiguo linaje mágico y el deseo de experimentar la vida fuera del alcance de la historia y la influencia de su familia en Nueva Inglaterra. Rebecca Bishop y Stephen Proctor eran una pareja simpática, en la que la abierta y tan norteamericana franqueza de mi madre servía de contrapeso al estilo más formal y anticuado de mi padre. Se convirtieron en antropólogos y se sumergieron en culturas y creencias extranjeras, compartiendo sus pasiones intelectuales junto con el profundo amor que sentían el uno por el otro. Después de conseguir puestos en el cuerpo docente de las escuelas de la zona —mi madre en su alma máter, mi padre en Wellesley—, hicieron viajes de investigación al extranjero y construyeron el hogar para su nueva familia en Cambridge.

Tengo pocos recuerdos de mi infancia, pero cada uno de ellos es vívido y asombrosamente claro. Todos tienen como protagonistas a mis padres: la sensación táctil de la pana en los codos de mi padre, los lirios del valle que perfumaban la colonia de mi madre, el tintineo

de sus copas de vino las noches de los viernes cuando me enviaban a la cama y cenaban juntos a la luz de las velas. Mi madre me contaba cuentos para dormir, y el maletín marrón de mi padre hacía ruido cuando lo dejaba junto a la puerta de entrada. Estos recuerdos seguramente encontrarán algún eco en la mayoría de las personas.

Pero hay otras cosas que recuerdo de mis padres. Mi madre parecía que nunca se ocupaba de lavar la ropa sucia, pero mis prendas estaban siempre limpias y cuidadosamente dobladas. Las autorizaciones olvidadas para los viajes de estudio al zoológico aparecían en mi pupitre en el momento en que la maestra pasaba a recogerlas. Y fuese cual fuese el estado en que se encontrara el despacho de mi padre cuando yo iba a darle el beso de buenas noches (y por lo general parecía un lugar donde hubiera explotado algo), a la mañana siguiente estaba siempre perfectamente ordenado. Cuando estaba en la guardería le pregunté a la madre de mi amiga Amanda por qué se molestaba en lavar los platos con agua y jabón cuando lo único que hacía falta era amontonarlos, chasquear los dedos y susurrar algunas palabras. La señora Schmidt se rió ante mi extraña idea para afrontar las faenas domésticas, pero un brillo de confusión nubló sus ojos.

Esa noche mis padres me dijeron que teníamos que tener cuidado acerca de cómo hablábamos de la magia y con quién hablábamos de ella. Los humanos nos superaban en número y ellos sentían temor ante nuestros poderes, me explicó mi madre, y el miedo era la fuerza más poderosa del mundo. En esa época yo no confesaba que la magia —en especial la de mi madre— también me asustaba a mí.

De día, mi madre se asemejaba a la madre de cualquier otro niño de Cambridge: ligeramente desaliñada, un poco desorganizada y eternamente acosada por las presiones del hogar y del trabajo. Su pelo rubio estaba siempre elegantemente despeinado, aunque la ropa que usaba permanecía fiel a la moda de 1977: largas y ondulantes faldas, camisas y pantalones que le quedaban grandes y chalecos y chaquetas de hombre que compraba en tiendas de segunda mano a lo largo y a lo ancho de Boston, imitando a Annie Hall. Desde luego no era una persona a la que alguien mirara dos veces en la calle o en la fila del supermercado.

En la privacidad de nuestra casa, con las cortinas corridas y la puerta cerrada con llave, mi madre se convertía en otra persona. Sus movimientos manifestaban confianza y seguridad, sin apresuramientos ni agitación. A veces hasta parecía flotar. Mientras recorría la casa, cantando y recogiendo peluches y libros, su cara se transformaba lentamente en algo hermoso, como de otro mundo. Cuando mi madre estaba iluminada por la magia, uno no podía apartar los ojos de ella.

—Mamá tiene un petardo dentro de ella. —Era la manera en que mi padre lo explicaba con su sonrisa amplia e indulgente. Pero los petardos, según aprendí más adelante, no sólo eran brillantes y ruidosos. También eran imprevisibles y podían hacer que uno se sobresaltara y asustara.

Mi padre estaba en una conferencia una noche cuando mi madre decidió limpiar la plata y quedó fascinada por un bol de agua que había puesto en la mesa del comedor. Con la vista fija en la superficie cristalina, ésta quedó envuelta en una niebla que adquiría formas diminutas y fantasmales. Yo estaba encantada, con la boca abierta, con aquellas formas que crecían en número y llenaban la habitación de seres fantásticos. Pronto estuvieron todos trepando por las cortinas y colgados del techo. Grité pidiéndole ayuda a mi madre, pero ella seguía concentrada en el agua. Su concentración no se alteró hasta que algo medio humano, medio animal se me acercó arrastrándose y me pellizó el brazo. Eso la sacó de sus ensoñaciones y estalló en una llovizna de luz roja enfadada que expulsó las apariciones y dejó un olor a plumas chamuscadas en la casa. Cuando regresó, mi padre sintió el olor extraño y su preocupación fue evidente. Nos encontró abrazadas en la cama. Al verlo, mi madre se deshizo en lágrimas de arrepentimiento. Nunca más me sentí del todo segura en el comedor.

Cualquier sensación de seguridad que hubiera quedado en mí desapareció después de cumplir los siete años, cuando mi madre y mi padre fueron a África, de donde no regresaron con vida.

Sacudí la cabeza para concentrarme otra vez en el dilema que tenía delante de mí. El manuscrito estaba en la mesa de la biblioteca, en

medio del foco de luz de la lámpara. Su magia movilizaba algo oscuro y nudoso dentro de mí. Mis dedos volvieron a tocar el suave cuero. Esta vez la sensación de hormigueo resultó conocida. Recordé vagamente haber sentido ya antes algo parecido al revisar unos papeles que había sobre el escritorio en el despacho de mi padre.

Me aparté decididamente del volumen encuadernado en cuero para ocuparme de algo más racional: la búsqueda de la lista de textos de alquimia que había preparado antes de salir de New Haven. Estaba sobre mi mesa, escondida entre los papeles sueltos, fichas de préstamo de libros, recibos, lápices, bolígrafos y mapas de la biblioteca, cuidadosamente ordenados por colección y luego por el número asignado a cada texto por un empleado de la biblioteca al entrar en la Bodleiana. Desde que llegué hacía unas semanas, había estado trabajando metódicamente, siguiendo esa lista. La descripción de catálogo del Ashmole 782, que había copiado, decía: *Antropología o tratado que contiene una breve descripción del hombre en dos partes: la primera, anatómica; la segunda, psicológica*. Como ocurría con la mayoría de las obras que yo estudiaba, no había manera de saber cuál era el contenido sólo por el título.

Mis dedos podían llegar a informarme acerca del libro sin abrir las tapas. La tía Sarah usaba siempre los dedos para saber lo que había en el correo antes de abrirlo, por si acaso el sobre contenía alguna factura que no quisiera pagar. De esa manera, podía alegar ignorancia cuando se descubriera que le debía dinero a la compañía eléctrica.

Los números dorados en el lomo hacían guiños.

Me senté para considerar las opciones.

¿Ignorar la magia, abrir el manuscrito y tratar de leerlo como un erudito humano?

¿Dejar el volumen hechizado y alejarme de allí?

Sarah se habría reído entre dientes encantada al verme en semejante aprieto. Siempre había sostenido que mis esfuerzos por mantenerme alejada de la magia eran vanos. Pero yo venía intentándolo desde el funeral de mis padres. En esa ocasión, las brujas presentes entre los invitados me habían escudriñado en busca de señales de que

la sangre de los Bishop y de los Proctor estaba en mis venas. Se dedicaron a darme palmaditas con gesto alentador, prediciendo que era sólo cuestión de tiempo que yo ocupara el lugar de mi madre en el aquelarre local. Algunos habían susurrado sus dudas sobre la prudencia en la decisión de mis padres al casarse.

—Demasiado poder —susurraban cuando pensaban que yo no estaba escuchando—. Era evidente que iban a atraer la atención... incluso sin estudiar ni siquiera la antigua religión ceremonial.

Aquello fue suficiente motivo para que yo culpara de la muerte de mis padres al poder sobrenatural del que disponían y buscara para mí un estilo de vida diferente. Volví la espalda a todo lo relacionado con la magia y me sumergí en los asuntos de la adolescencia humana —caballos, muchachos y novelas románticas—, y traté de ser igual que los habitantes normales de la ciudad. En la pubertad tuve problemas de depresión y ansiedad. Un amable médico humano le aseguró a mi tía que aquello era muy normal.

Sarah no le habló de las voces, ni de mi costumbre de coger el teléfono un minuto o más antes de que sonara, ni tampoco le dijo que tenía que hechizar las puertas y las ventanas cuando había luna llena para evitar que me fuera a vagar por los bosques mientras dormía. Tampoco mencionó que cuando me enfadaba, las sillas de la casa se movían para formar una precaria pirámide antes de golpear contra el suelo una vez que mi humor mejoraba.

Cuando cumplí trece años, mi tía decidió que ya era hora de que yo canalizara algo de mi poder en el aprendizaje de los fundamentos de la brujería. Encender velas con algunas palabras susurradas o disimular granos con una poción probada en el tiempo... sólo eran los primeros pasos habituales de una bruja adolescente. Pero yo era incapaz de controlar hasta el más simple de los hechizos, quemaba todas las pociones que mi tía me enseñaba a preparar y me negaba tercamente a someterme a sus pruebas para ver si había heredado la clarividencia asombrosamente exacta de mi madre.

Las voces, los fuegos y otras erupciones inesperadas disminuyeron a medida que mis hormonas se calmaban, pero mi escaso deseo de unirme a lo que era propio de mi familia permaneció. A mi tía

Sarah la ponía nerviosa el hecho de tener una bruja sin formación en casa y, con cierto alivio, me envió a una universidad en Maine. Aparte de la magia, fue una típica historia de transición a la mayoría de edad.

Lo que me alejó de Madison fue mi intelecto. Siempre fui precoz, lo cual hizo que hablara y comenzara a leer antes que otros niños de mi edad. Ayudada por una prodigiosa memoria fotográfica —lo cual hacía que fuera fácil para mí recordar las páginas de los libros de texto para poner sin problemas la información requerida en los exámenes—, mi trabajo escolar pronto quedó definido como un lugar donde el mágico legado de mi familia era irrelevante. A los dieciséis años ya había cruzado los últimos años de la escuela secundaria para comenzar la universidad.

Allí, traté de hacerme primero un sitio en el departamento de teatro. Mi imaginación se sentía atraída por el espectáculo y el vestuario, y a mi mente le fascinaba la forma en que las palabras de un dramaturgo podían hacer realidad otros lugares y otros tiempos. Mis primeras representaciones fueron consideradas por mis profesores como ejemplos extraordinarios de la manera en que una buena actuación podía transformar a un estudiante universitario normal en otra persona. La primera señal de que estas metamorfosis podrían no haber sido el resultado del talento dramático se manifestó cuando estaba haciendo el papel de Ofelia en *Hamlet*. Tan pronto como fui elegida para el papel, mi pelo empezó a crecer a un ritmo anormal, para caer desde los hombros hasta la cintura. Me sentaba durante horas junto al lago del campus, irresistiblemente atraída por su brillante superficie, con mi nuevo cabello revoloteando y envolviéndome. El muchacho que hacía de Hamlet quedó atrapado por la ilusión, y tuvimos un apasionado aunque peligrosamente volátil romance. Poco a poco me fui disolviendo en la demencia de Ofelia, arrastrando conmigo al resto de los actores.

El resultado podría haber sido una serie de actuaciones fascinantes, pero cada nuevo papel traía nuevos desafíos. En mi segundo año de estudiante, la situación se hizo insostenible cuando fui elegida para el papel de Annabella en la obra *Lástima que sea una puta*,

de John Ford. Al igual que el personaje, yo atraía a una serie de devotos pretendientes —no todos ellos humanos— que me seguían por todo el campus. Cada vez que se negaban a dejarme tranquila después de que cayera el telón final, quedaba claro que, fuese lo que fuese lo que había sido desatado, no podía ser controlado. Yo no sabía muy bien cómo se había deslizado la magia en mi actuación, y no quería enterarme. Me corté el pelo muy corto. Dejé de usar faldas vaporosas y tops y opté por los jerséis de cuello alto negros, los pantalones caqui y los mocasines que usaban los más serios y ambiciosos estudiantes de Derecho. Mi energía sobrante estaba dirigida al atletismo.

Después de abandonar el departamento de teatro, intenté otras especialidades en mis estudios, buscando un campo que fuera lo suficientemente racional como para que jamás pudiera ceder ni un milímetro a la magia. Carecía yo de la precisión y la paciencia necesarias para las Matemáticas, y mis intentos en Biología fueron un desastre de pruebas fallidas y experimentos de laboratorio incompletos.

Al final de mi segundo año como estudiante universitaria, el secretario académico me exigió que escogiera alguna especialidad o tendría que pasar un quinto año en la universidad. Un programa de estudio de verano en Inglaterra me ofreció la oportunidad de alejarme todavía más de todo lo que tuviera que ver con los Bishop. Me enamoré de Oxford, del brillo silencioso de sus calles por la mañana. Mis cursos de historia se ocupaban de las hazañas de los reyes y las reinas, y las únicas voces en mi cabeza eran aquellas que susurraban desde libros escritos en los siglos XVI y XVII. Esto podía ser totalmente atribuido a la gran literatura. Y lo que era mejor, nadie en esa ciudad universitaria me conocía, y si había brujas en la ciudad aquel verano, se mantuvieron lejos de mí. Regresé a casa, informé de que había elegido la especialidad de Historia, saqué todos los cursos requeridos en un tiempo récord y me licencié con éxito antes de cumplir veinte años.

Cuando decidí hacer mi doctorado, el de Oxford fue mi primera elección entre los programas posibles. Mi especialidad era la historia de la ciencia, y mi investigación se concentró en el periodo en que ésta reemplazó a la magia, la época en que la astrología y las cazas

de brujas cedieron paso a Newton y las leyes universales. La búsqueda de un orden racional en la naturaleza, en lugar de un orden sobrenatural, era un reflejo de mis propios esfuerzos por alejarme de lo oculto. Las líneas de separación que yo ya había trazado entre lo que ocurría en mi mente y lo que llevaba en mi sangre se hicieron más claras.

Mi tía Sarah dejó escapar un resoplido cuando se enteró de mi decisión de especializarme en la química del siglo xvii. Su pelo rojo brillante era un signo exterior de su temperamento vivo y su lengua afilada. Era una bruja que hablaba sin rodeos, sensata, que se imponía de inmediato en cualquier lugar que entrara. Como baluarte de la comunidad de Madison, Sarah era llamada con frecuencia para poner las cosas en su sitio cuando había una crisis, grande o pequeña, en la ciudad. Nos llevábamos mucho mejor desde que estaba fuera del alcance de su dosis diaria de agudas observaciones acerca de la fragilidad y la incoherencia humanas.

Aunque estábamos separadas por cientos de kilómetros, Sarah pensó que mis últimos intentos de evitar la magia eran ridículos, y me lo hizo saber.

—A eso solíamos llamarlo alquimia —dijo—. Hay mucha magia en eso.

—No, no la hay —protesté yo acaloradamente. La tesis central de mi trabajo era mostrar lo científica que era en realidad esa actividad—. La alquimia nos habla acerca del crecimiento de la experimentación, no de la búsqueda de un elixir mágico que convierta el plomo en oro y vuelva inmortales a las personas.

—Si tú lo dices... —replicó Sarah poco convencida—. Pero es un tema bastante extraño para escogerlo precisamente tú, que tratas de pasar por humana.

Después de obtener mi título, luché ferozmente por conseguir un puesto en el cuerpo docente de Yale, el único sitio que era más inglés que Inglaterra. Los colegas me advirtieron de que tenía pocas posibilidades de conseguir una plaza fija. Publiqué dos libros, gané un puñado de premios y recibí unas cuantas subvenciones para investigación. Luego recibí mi puesto de titular y demostré a todos que estaban equivocados.

Y lo que era más importante, mi vida a partir de entonces fue enteramente mía. Nadie en mi departamento, ni siquiera los especialistas en historia de América, relacionaba mi apellido con el de la primera mujer de Salem ejecutada por brujería en 1692. Para conservar mi duramente ganada autonomía, seguí manteniendo todo indicio de magia o de brujería lejos de mi vida. Por supuesto, había excepciones, como la vez en que recurrí a uno de los hechizos de Sarah cuando la lavadora empezó a llenarse de agua y amenazó con inundar mi pequeño apartamento en Wooster Square. Pero nadie es perfecto.

En ese momento, al volver a la realidad tras recordar aquella parte de mi historia personal, contuve la respiración, cogí el manuscrito con ambas manos y lo puse en uno de los atriles en forma de cuña que la biblioteca proporcionaba para proteger sus libros más valiosos. Había tomado una decisión: iba a actuar como un especialista serio y trataría al Ashmole 782 como un manuscrito cualquiera. Iba a ignorar la quemazón en la punta de mis dedos, el extraño olor del libro, y simplemente iba a describir su contenido. Luego decidiría —lo más profesionalmente posible— si valía la pena dedicarle mayor atención. De todos modos, me temblaron los dedos cuando solté los pequeños cierres de latón.

El manuscrito dejó escapar un suave suspiro.

Con una mirada rápida por encima del hombro, me aseguré de que el lugar seguía estando todavía vacío. Sólo se escuchaba otro ruido, el del fuerte tictac del reloj de la sala de lectura.

Después de decidir no prestar atención al hecho de que el libro había suspirado, me volví hacia mi ordenador portátil y abrí un nuevo archivo. Esta tarea cotidiana —la había realizado centenares, si no miles, de veces antes— resultó tan reconfortante como las pulcras marcas de control en mi lista. Escribí el nombre y número del manuscrito y copié el título de la descripción de catálogo. Observé su tamaño y encuadernación para describir ambos en detalle.

Lo único que quedaba por hacer era abrir el manuscrito.

A pesar de haber soltado los cierres, resultó difícil abrir la cubierta, como si estuviera pegada a las páginas debajo de ella. Solté una

imprecación entre dientes y dejé la palma de la mano apoyada sobre el cuero durante un instante, con la esperanza de que el Ashmole 782 sólo necesitara un momento para conocerme. No era exactamente magia eso de poner una mano sobre un libro. Sentí un hormigueo en la palma, igual que cuando sentía un cosquilleo en la piel cuando una bruja me miraba, y la tensión desapareció del manuscrito. Después de eso, resultó fácil abrir la tapa.

La primera página era de papel rústico. En la segunda hoja, que era de pergamino, estaban las palabras *Antropología o tratado que contiene una breve descripción del hombre* escritas con la letra de Ashmole. Las curvas claras y redondas me resultaban casi tan conocidas como mi propia letra. La segunda parte del título — *en dos partes: la primera, anatómica; la segunda, psicológica* — estaba escrita con lápiz y con otra letra, de época posterior. Me resultó conocida también, pero no pude identificarla. Con sólo rozar la escritura podría tener alguna pista, pero eso iba en contra de las reglas de la biblioteca y sería imposible documentar la información que mis dedos pudiera conseguir. En lugar de ello, tomé nota en el archivo del ordenador respecto al uso de tinta y lápiz, de las dos diferentes caligrafías y las posibles fechas de las inscripciones.

Cuando pasé la primera página, noté que el pergamino era anormalmente pesado y resultó ser la fuente del olor extraño del manuscrito. No sólo era antiguo. Había algo más, una combinación de moho y almizcle que no tenía ningún nombre. Y de inmediato me di cuenta de que tres hojas habían sido arrancadas cuidadosamente de la encuadernación.

Al fin había algo fácil de describir. Mis dedos volaron sobre las teclas: «Retirados al menos tres folios, con una regla o una navaja». Examiné atentamente la hendidura del lomo del manuscrito, pero no pude averiguar si faltaba alguna otra página. Cuanto más acercaba el pergamino a mi nariz, más me distraían el poder y el extraño olor del manuscrito.

Dirigí mi atención a la ilustración que seguía al lugar donde debían haber estado las páginas que faltaban. Mostraba a una niña que flotaba en un vaso de cristal transparente. La pequeña tenía una

rosa plateada en una mano y una rosa dorada en la otra. En sus pies aparecían unas alas diminutas, y gotas de líquido rojo caían sobre su largo cabello negro. Debajo de la imagen había un rótulo escrito con tinta negra de trazo grueso que indicaba que se trataba de una representación de la hija filosófica, una imagen alegórica de un paso crucial en la creación de la piedra filosofal, la sustancia química que promecía otorgar al que la poseyera salud, riqueza y sabiduría.

Los colores eran luminosos y estaban sorprendentemente bien conservados. Antiguamente, los artistas mezclaban piedra molida y gemas en sus pinturas para producir colores tan intensos. Y la imagen misma había sido dibujada por alguien con verdadera destreza artística. Tuve que sentarme sobre las manos para impedir que trataran de averiguar más cosas tocando aquí y allá.

Pero el iluminador, a pesar de todo su talento, había introducido detalles erróneos. El vaso de cristal tenía que haber señalado hacia arriba, no hacia abajo. La figura debía ser mitad negro y mitad blanco, para mostrar que era un hermafrodita. Y debería haber tenido genitales masculinos y pechos femeninos, o dos cabezas por lo menos.

La imaginería alquímica era alegórica y notoriamente compleja. Ésa era la razón por la que yo la estudiaba, buscando líneas que pudieran revelar un enfoque sistemático y lógico para la transformación química en los días previos a la tabla periódica de los elementos. Las imágenes de la luna eran casi siempre representaciones de la plata, por ejemplo, mientras que las del sol estaban asociadas al oro. Cuando los dos eran combinados químicamente, el proceso era representado como una boda. Con el tiempo, las imágenes habían sido reemplazadas por palabras. Esas palabras, a su vez, se convirtieron en la gramática de la química.

Pero este manuscrito ponía a prueba mi creencia en la lógica de los alquimistas. Cada ilustración tenía por lo menos un defecto fundamental, y no había ningún texto que lo acompañara para ayudar a darle sentido a todo aquello.

Busqué algo —cualquier cosa— que coincidiera con mis conocimientos de alquimia. A la débil luz aparecieron ligeros vestigios

de escritura sobre una de las páginas. Incliné la lamparilla para que brillara más.

No había nada allí.

Lentamente pasé la página como si fuera una frágil hoja.

Las palabras brillaban y se movían sobre la superficie, cientos de palabras invisibles a menos que el ángulo de la luz y la perspectiva del observador fueran los correctos.

Sofiqué un grito de sorpresa.

El Ashmole 782 era un palimpsesto, un manuscrito dentro de otro manuscrito. Cuando el pergamino escaseaba, los escribas lavaban cuidadosamente la tinta de los libros antiguos y luego escribían el nuevo texto sobre las hojas en blanco. Con el tiempo, el escrito anterior a menudo reaparecía como un fantasma de texto, visible con la ayuda de la luz ultravioleta, que permitía verlo por debajo de las manchas de tinta, devolviendo la vida al texto desteñido.

Sin embargo, no existía una luz ultravioleta suficientemente poderosa como para revelar aquellos trazos. Aquél no era un palimpsesto común. El texto escrito no había sido lavado, había sido escondido con una especie de hechizo. Pero ¿por qué iba alguien a tomarse la molestia de hechizar el texto en un libro de alquimia? Hasta los expertos tenían dificultades para entender el oscuro lenguaje y la fantástica imaginación que usaban los autores.

Aparté la vista de las apenas perceptibles letras, que se movían demasiado rápidamente como para que yo pudiera leerlas, para concentrarme y escribir una sinopsis del contenido del manuscrito. «Desconcertante — escribí—. Leyendas para las imágenes de los siglos xv al xvii, imágenes del siglo xv principalmente. ¿Las fuentes de las imágenes tal vez más antiguas? Mezcla de papel y vitela. Tintas de color y negra, las primeras de una gran calidad poco común. Ilustraciones bien realizadas, pero los detalles son incorrectos, incompletos. Retrata la creación de la piedra filosofal, parto/creación alquímica, muerte, resurrección y transformación. ¿Una copia confusa de un manuscrito más antiguo? Un libro extraño, lleno de anomalías».

Mis dedos vacilaron encima de las teclas.

Los eruditos pueden tomar dos posturas cuando descubren información que no se corresponde con lo que ya saben: o bien la dejan de lado para que no ponga en peligro sus preciadas teorías, o bien se concentran en ella con una intensidad de rayo láser y tratan de llegar al fondo del misterio. Si el libro no hubiera estado hechizado, podría haberme sentido tentada de hacer esto último. Pero debido a que estaba embrujado, me sentía fuertemente inclinada a hacer lo primero.

Y cuando tienen dudas, los eruditos generalmente posponen la decisión.

Escribí una ambivalente línea final: «¿Se necesita más tiempo? Posiblemente tenga que volver a solicitarlo».

Casi sin respirar, cerré la tapa y la ajusté con un ligero tirón. Corrientes mágicas resonaban todavía en todo el manuscrito, siendo especialmente intensas alrededor de los cierres.

Cuando estuvo cerrado, me quedé aliviada, mirando fijamente el Ashmole 782 durante unos momentos más. Mis dedos querían regresar y tocar el cuero marrón. Pero esta vez me resistí, tal como me había resistido a tocar las inscripciones y las ilustraciones para saber más de lo que un historiador humano podía legítimamente asegurar que sabía.

La tía Sarah me había dicho siempre que la magia era un don. Si lo era, había en ella lazos que me ligaban a todas las brujas Bishop que habían existido antes que yo. Había que pagar un precio para usar ese poder mágico heredado y para utilizar los hechizos y encantamientos que constituían el oficio cuidadosamente preservado de las brujas. Al abrir el Ashmole 782, había atravesado el muro que separaba la magia de mis estudios eruditos. Pero de vuelta otra vez al lado correcto, estaba más decidida que nunca a permanecer allí.

Recogí mi ordenador y mis notas, levanté el montón de manuscritos, poniendo cuidadosamente el Ashmole 782 debajo de los otros. Afortunadamente, Gillian no estaba en su mesa, aunque sus papeles todavía estaban desperdigados sobre ella. Seguramente pensaba trabajar hasta tarde y había salido a tomar una taza de café.

—¿Has terminado? —quiso saber Sean cuando llegué al mostrador de préstamos.

—No del todo. Me gustaría reservar los tres de arriba para el lunes.

—¿Y el cuarto?

—Con ése ya he acabado —espeté, deslizando los manuscritos hacia él—. Puedes volver a ponerlo en su sitio.

Sean lo colocó encima de un montón de libros para devolver que ya había recogido. Me acompañó hasta la escalera, nos despedimos y desapareció detrás de una puerta giratoria. La cinta transportadora que iba a devolver al Ashmole 782 al interior de la biblioteca se puso en marcha.

Casi me giré para detenerlo, pero lo dejé marchar.

Tenía la mano levantada para empujar y abrir la puerta de la planta baja, cuando el aire a mi alrededor me envolvió con fuerza, como si la biblioteca me estuviera apretando. El aire brilló durante una fracción de segundo, tal como habían hecho las páginas del manuscrito en la mesa de Sean, haciéndome temblar involuntariamente y erizando el vello en mis brazos.

Algo acababa de ocurrir. Algo mágico.

Giré el rostro hacia la sala de lectura Duke Humphrey, y mis pies amenazaron con seguirlo.

«No es nada», pensé, y salí resueltamente de la biblioteca.

«¿Estás segura?», susurró una voz largamente ignorada.